



San Juan de Sahagún 2010

La Palabra de Dios recién proclamada nos remite al ideal del amor tal como lo vivió Jesús en su relación con Dios y con el prójimo; en consecuencia, nos remite al amor como núcleo esencial de la vida cristiana a imitación de Jesús. Se trata de un programa de vida ciertamente provocador: No volváis mal por mal. Por el contrario, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer. No te dejes vencer por el mal, vence al mal con el bien. Amad a vuestros enemigos y haced el bien a los que os aborrecen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo. Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

Este estilo de vida es el propio de los Hijos de Dios, que han renacido del agua y del Espíritu a la vida nueva en Cristo. El Espíritu de Cristo, que habita en ellos, les hace capaces de confesar a Cristo como Señor y de reconocer a Dios como Padre; les enseña a orar como conviene y a pedir a Dios que les haga partícipes de su perfección.

Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo; no agrada a Dios con sus obras, y ni siquiera puede. Su mente y su corazón están sometidos a los criterios del mundo y juzgan imposible vivir el ideal del amor en grado tan elevado de victoria sobre el propio egoísmo.

¿En cuál de estos grupos de personas nos reconocemos nosotros? ¿Por qué espíritu y criterios de juicio anhelamos ser dirigidos? ¿Puede un mono evolucionado y carente del Espíritu de Dios sentirse gozosamente llamado a un género de vida que lleva consigo tal renuncia a sus propios intereses? En definitiva, ¿qué contenido damos al amor humano y qué fundamento tiene nuestro anhelo de hacerlo realidad? ¿Es sobrehumano el ideal evangélico del amor?

Hoy podemos ofrecer a estos interrogantes una respuesta práctica y existencial: la forma de vida de San Juan de Sahagún.

Nos cuenta el Padre Cámara en la biografía del Santo, cómo Juan de Sahagún y el P. Monroy fueron asaltados, maltratados y despojados por un grupo de desdichados en el camino de Madrigal a Salamanca, en el monte entre Madrigal y Cantalapiedra.

Pocos días después del asalto vino a confesarse con Juan de Sahagún el jefe de los asaltadores. Juan de Sahagún le ocultó ser él el atracado y le preguntó con prudencia por el motivo de su acción. El penitente manifestó haberlo hecho movido por la necesidad y la miseria. El confesor le exhortó al arrepentimiento y le prometió su ayuda para salir de la necesidad. Y en los días siguientes salió a pedir limosna por la ciudad para ayudar a su asaltante. Al fin, el penitente vino a reconocer en el confesor al fraile



por él asaltado y no cesó de pregonar por la ciudad la caridad de Juan de Sahagún, que se había convertido para él en modelo y guía en su vida futura.

La vida de nuestro santo patrono está cuajada de actuaciones que testimonian el amor al prójimo en grado sumo. También responden a este estilo de vida sus simpáticos milagros y numerosos actos prodigiosos a favor de los pobres, que nos hacen al santo tan humano y atractivo.

¿Cuál es la fuente de donde brota caudaloso el río del amor en la vida de Juan de Sahagún? Obviamente es la fe en Dios y su compromiso de seguimiento radical de Jesucristo, que vivió a lo largo de su vida. Pero la fuente más inmediata y diaria era su alta oración y adoración del Santísimo Sacramento; y, más en particular, su intensa y serena celebración diaria de la Misa. La tardanza en la celebración molestaba a los amigos de la misa rápida y a los que le ayudaban, que evitaban hacerlo. El capítulo conventual impuso a Juan de Sahagún la obligación de celebrar la misa en el tiempo acostumbrado por los demás frailes. Después de unos días de obediencia, Juan de Sahagún fue a rogar con lagrimas al Prior que le liberara de una obligación tan insufrible. Al final no tuvo más remedio fray Juan que confesar al Prior por obediencia la causa de su imposibilidad de celebrar en tiempo normal la Misa: El mismo Dios se le mostraba en el Santo Sacramento. El lo veía con sus ojos; el mismo Jesucristo hablaba con él y le dejaba ver las llagas de sus manos, pies y costado; Jesucristo le mostraba su cuerpo glorificado. En estas revelaciones aprendía lo que después vivía y predicaba.

Esta experiencia milagrosa de Juan de Sahagún corresponde a la enseñanza de fe de la Iglesia sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, así como a la convicción de que la Eucaristía es la fuente de donde brota toda la vida de la Iglesia.

La eucaristía debe ser reconocida como la revelación de la verdad del amor y la fuente del amor humano que tiene su origen en Cristo. Así, la eucaristía configurará nuestra vida cristiana, dándole la forma eucarística que le es propia, de modo que se haga realidad en nosotros la palabra del Señor: “El que me come vivirá por mí” (Jn 6,57). Las palabras de San Pablo a los Romanos son la formulación más exacta de cómo la eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual a agradable a Dios: **“Os exhorto... a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; este es vuestro culto razonable”** (Rom 12,1). En esta exhortación se ve el nuevo culto cristiano en espíritu y en verdad como la ofrenda total de la propia persona en comunión con toda la Iglesia.

El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola: *“Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios”* (1 Cor 10,31). El cristiano está llamado a expresar en cada día de su vida el verdadero culto a Dios. Así la eucaristía hace posible día a día la transfiguración progresiva del creyente en imagen del Hijo de Dios. Y así la vida cristiana manifiesta su propia naturaleza eucarística. El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda



exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios. El hombre que vive de esta manera es una alabanza a la gloria de Dios.

Los cristianos de Salamanca necesitamos aprender de San Juan de Sahagún a vivir la profunda relación existente entre la Eucaristía y la vida cotidiana. La Eucaristía, como fuente de la vida cristiana, se tiene que traducir en vida “según el espíritu” (cf Rm 8,4; Ga 5, 16.25). Resulta significativo que el pasaje antes citado de la Carta a los Romanos une la invitación a vivir el nuevo culto espiritual con la necesidad de cambiar el modo de vivir y de pensar: “Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (12,2). La renovación de la mente es parte integrante de la forma eucarística de la vida cristiana. En la eucaristía, el cristiano comulga con el amor de Cristo y recibe la capacidad de vivir esa misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida.

En la vida de San Juan de Sahagún encontramos el testimonio de la necesaria *coherencia eucarística*, a la cual está llamada objetivamente nuestra vida. Lo que experimentaba en la Misa lo hacía realidad en la vida regular de su Orden y en el ejercicio de su ministerio fuera del convento: en su compromiso de defensa y ayuda a los pobres, en sus milagros y en su predicación de la verdad del evangelio, gustase o disgustase a sus oyentes, provocase o no la irritación del Duque de Alba o de los señores de los bandos salmantinos. La coherencia de su vida hizo, en fin, aceptables a todos sus encendidas llamadas a la reconciliación.

En la acción apostólica de San Juan de Sahagún se pone de manifiesto también que el culto agradable a Dios nunca es un acto meramente privado; al contrario, exige el testimonio público de la propia fe. Este principio, ha escrito Benedicto XVI, “vale para todos los bautizados, pero tiene una importancia particular para quienes, por la posición social o política que ocupan, han de tomar decisiones sobre valores fundamentales, como el respeto y la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su fin natural, la familia fundada en el matrimonio entre hombre y mujer, la libertad de educación de los hijos y la promoción del bien común en todas sus formas. Estos valores no son negociables. Así pues, los políticos y los legisladores católicos, conscientes de su grave responsabilidad social, deben sentirse particularmente interpelados por su conciencia, rectamente formada, para presentar y apoyar leyes inspiradas en los valores fundados en la naturaleza humana. Esto tiene además una relación objetiva con la Eucaristía (cf. *1 Co* 11,27-29)” (SC 83).

La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. *Ef* 2,14). Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. *Mt* 5,23- 24). Cristo apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. No hay duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón, concedido por amor.



Carlos López Hernández

Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. *Hch* 4,32) y ayudar a los pobres (cf. *Rm* 15,26). Y este compromiso lo han vivido en íntima conexión la eucaristía, porque el pan que partimos y el cáliz que bendecimos nos hacen entrar en comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Y todos **los que comemos del único pan y bebemos del mismo cáliz formamos un solo cuerpo** (1 Co 10, 16-17). Por ello, la coherencia eucarística nos apremia a vivir en seguimiento fiel de Jesucristo y a superar las situaciones de pobreza de nuestros prójimos de Salamanca y aquellas en que se halla todavía gran parte de la humanidad. La verdad del amor nos urge a servir a la restauración de todas las situaciones indignas del hombre, por el que Cristo ha entregado su vida. La eucaristía va restaurando día a día la vida de quienes se alimentan del Cuerpo de Cristo, para que Dios pueda ver reflejada su gloria en la vida diaria de cada uno de ellos, ofrecida como hostia viva, santa y agradable.

Catedral Nueva, 12 de junio de 2010.